

**CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO**

**DEPARTAMENTO DE FAMILIA, VIDA Y JUVENTUD.**

**Conferencia:**

**VIDA ESPIRITUAL EN LA FAMILIA**

**Encuentro Latinoamericano de Responsables Nacionales**

**de Pastoral Familiar.**

**Quito – Ecuador**

**Julio del 2016**

**ESPIRITUALIDAD MATRIMONIAL Y FAMILIAR**

La caridad adquiere matices diferentes, según el estado de vida al cual cada uno haya sido llamado. Toda llamada de Dios, incluso cuando se dirige a una multitud, se traduce siempre en llamada a cada uno, en *vocación divina* a la que se tiene que responder personalmente y conviene precisar que se trata de vocación en sentido fuerte, porque también el concepto de vocación ha sufrido históricamente un proceso de desvalorización. En el período anterior al Concilio Vaticano ll, la vocación se aplicaba ante todo respecto al sacerdocio y la vida religiosa, desde entonces el Concilio ha ampliado esa visión.

S.S. Juan Pablo ll conociendo la mentalidad de quienes se contentan con una vida cristiana menos perfecta por cumplir primero las obligaciones profesionales y familiares, propone una visión diferente al afirmar que: “El Espíritu Santo de Dios, escribe en el corazón y en la vida de cada bautizado un proyecto de amor y de gracia” el descubrimiento de que cada hombre y mujer tiene su lugar en el corazón de Dios y en la historia de la humanidad constituye el punto de partida para una nueva cultura vocacional.

Para entender la vocación, es necesario partir de que cada hombre y mujer protagoniza una relación personal e insustituible con Dios, pues Él primero conoce y elige a cada persona y después la llama a la existencia, para que su vocación se realice con la respuesta libre de la persona bajo su providencia amorosa. Todos estamos llamados por un Padre amoroso a ser santos en el estado de vida que hayamos elegido.

Rielo (2014) pregunta y responde, ¿de qué pueden hablar los santos? De lo único que pueden y saben: de la verdad suprema, de un mundo magnánimo, generoso, celeste, desinteresado, puro, solo pueden hablar de generosidad, de amor. Cabe entonces reconocer que la vocación primera es la santidad y seguida a esta la vocación a la vida religiosa y al matrimonio.

**MATRIMONIO Y VOCACIÒN A LA SANTIDAD.**

Si bien la santidad en la Iglesia es la misma para todos, ésta, no se manifiesta de única forma. Por ello la insistencia en que cada uno ha de santificarse en el género de vida al cual ha sido llamado. Cada uno, en su ocupación y desde sus circunstancias concretas deberá caminar por el sendero de fe viva que suscita esperanza y se traduce en obra de amor.

Así, los esposos cristianos deben alcanzar esta meta aspirando la perfección de la caridad en su matrimonio, los dos han de buscar santificarse en su propio estado, el varón en su estado de varón y la mujer en su estado de mujer. Esta vinculación de la vida cristiana con la santidad está fundada en el bautismo, cuyas virtudes cada bautizado debe procurar conservar, manteniéndose en la relación con Dios que la gracia posibilita y evitando toda ruptura en esa relación fundamental. No se trata sólo de permanecer en el amor y así permanecer con Dios, sino de obrar con la gracia que el Espíritu derrama en los corazones de los esposos.

 El esposo cristiano que realmente aspira a ser coherente ha de vivir según la fe en todos los momentos de su vida, nutriéndose de la gracia y celebrando la fe de tal modo que toda su vida se desarrolle en presencia de Dios y en espíritu de oración.

 La vida de santidad en los esposos debe manifestarse cotidianamente y en todo momento. Así, cada uno irá cooperando desde su libertad con la gracia recibida,
creciendo en amorosa adhesión a Cristo y conformándose con Él, tendiendo a la perfección del amor de la que Cristo nos da maravilloso ejemplo.

La vida conyugal, por tanto, está llamada y obligada a vivir la santidad y la perfección de su propio estado, es decir, los esposos cristianos en su condición de vida han de orientar su existencia según el plan de Dios evitando dar cabida a pensamientos, sentimientos, deseos o acciones que obstaculizan ese designio de Dios para su vida matrimonial. Esta misma vivencia del “Plan amoroso de Dios” será la que haga producir frutos del Espíritu en cada uno de los miembros del hogar.

La vida de santidad es el gran regalo para todo ser humano y de manera especial para los esposos pues, posibilita el restablecimiento a niveles impensados, como “hijos en el Hijo” de la amistad con Dios. Esta santidad es pues decisiva para la felicidad del ser humano. Es la meta fundamental para alcanzar la plenitud en la vida matrimonial, es gratuita y aunque es un “don de Dios” requiere de una colaboración entusiasta y eficaz por parte de los esposos. El querer ser santo es algo que se debe dar con naturalidad en la vida cristiana. Es pues, necesario que cada uno ponga el mayor interés y dedique lo mejor de sí a responder a la gracia, cooperando con ella desde su libertad para vivir cristianamente y así acoger el designio divino y llegar a ser santo, para llegar a ser feliz en la vocación a la que haya sido llamado.

A semejanza de la Sagrada Familia a la cual le confiaron una misión importantísima, cada núcleo familiar sentimos ese llamado de misión, que no es sin la cruz. Es decir, vivir en este mundo, en la cotidianidad de una vida común pero acompañada con la sobrenaturalidad de las personas divinas, como lo hicieron María y José (Rielo 2014).

**LA EXPERIENCIA DE CRISTO EN EL NUCLEO FAMILIAR (esposo)**

La vocación al matrimonio es un regalo de Dios, Él es quién puso en mi camino a mi esposa, no es una coincidencia ya que Dios tiene un plan perfecto y cuando dijimos si en el altar, no fue un sí a solas, nos comprometimos en presencia de Cristo, quien desde el primer momento de nuestra unión nos acompaña, le invitamos de manera especial el día de nuestra boda, el primer y principal invitado, su presencia mística nos ha permitido a lo largo de los años tomar decisiones sencillas y transcendentales del día a día.

La presencia de las Personas Divinas da dirección y sentido a nuestra vida familiar, esta experiencia de vivir con un Padre y sabiéndose hijo brinda una dimensión nueva a la cotidianidad, a las alegrías, a los éxitos, a los problemas y a situaciones que a veces nos sobrepasan, sin embargo, en esta compañía los problemas se convierten en situaciones llevaderas, su yugo es más liviano, ese descansar en Él fortalece nuestra vida conyugal y la relación con nuestros hijos, nos brinda una seguridad que definitivamente no es de este mundo.

El principio de la vida matrimonial está también en el primer mandamiento dado como regla por el Padre: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Dt 6,5; cf. Mt 22,37; Lc10,27). El Padre es el principio de todas las cosas, del amor, de la unión conyugal, de la llegada de los hijos.

Poner mi vida en común con mi esposa ha sido trascender, ha sido salir de mi “yo” para llegar hacia el “nosotros”, ha sido vivir con apertura hacia los demás, hacia el prójimo, el más cercano: mi esposa, mis hijos, la familia cercana. Esta convivencia implica exigencias físicas, psicológicas y espirituales, es un verdadero camino de santificación en la vida ordinaria, es vivir la santidad en común dentro del núcleo familiar que se convierte en un lugar para vivir el cielo en la tierra, para que el himno a la caridad sea una realidad concreta donde fructifique el amor conyugal.

**EL DOLOR DEL AMOR EN ORACION**

¿Qué significa la dimensión del amor? ¿Cómo se define?, el himno de la caridad nos aclara que el amor todo lo soporta, todo lo espera, todo lo excusa, todo lo cree, es paciente, es servicial. La siguiente pregunta que surge es ¿Y dónde quedo yo? ¿Y dónde queda mi razón? ¿Pero si yo me case para ser feliz?...

Cuando una madre da a luz a un hijo existe dolor, seguido de una inmensa alegría. Cuando un padre entrega a su hija en el altar, existe un dolor de pérdida seguido de una inmensa alegría de verla junto al hombre que escogió para formar una familia. El paso del dolor a la alegría es una pascua, pasar de la muerte a la resurrección, morir a mis antojos para forjar sueños juntos, morir a mi razón para entender al otro. Rielo (2002) habla del amor que duele, es un amor que no es de este mundo, una dimensión distinta, viendo con los ojos de Cristo, amando a pesar de las circunstancias, a pesar de mi razón… y que importa la razón.

El reto está planteado, pero ¿Cómo se logra?, simplemente es imposible si me lo planteo hacerlo solo, necesito asirme, sujetarme de una fuerza mayor que sobrepase mis limitaciones, que me ayude en este encuentro con el prójimo, para lo cual es imprescindible velar y orar continuamente, me pregunto también ¿Cómo se logra? la respuesta es simple: aspirar a lo perfecto, a lo más puro, a lo más bello, convertir mis acciones diarias en un estado de anhelo de santidad, vivir en recogimiento, en apertura hacia nuestro Dios, aquietando nuestra mente a las cosas de este mundo con apertura total hacia lo celeste. En esta dimensión el amor da como fruto [[1]](#footnote-1)la alegría, la paz, la serenidad y es donde el núcleo familiar forja santos, personas ordinarias haciendo cosas extraordinarias viviendo con heroísmo el dolor del amor.

**DECIDIR AMAR PARA SIEMPRE A UNA SOLA PERSONA**.

Los esposos asumen el desafío y anhelo de envejecer y desgastarse juntos y así, reflejar la fidelidad de Dios. ¿Es posible amar para siempre? es la pregunta que hace mucha gente, la respuesta es muy sencilla: Dios es eterno y si la fuente del amor humano entre un hombre y una mujer es Él, entonces el amor también puede ser eterno.

 Rielo (1983, citado por Fernández Hernández, 2012) afirmaba que el motor de la persona humana, y por tanto de la familia es el amor, única fuerza que puede superar y disolver las fuerzas disgregadoras del egoísmo, que, conjuntamente con la comodidad y la irresponsabilidad cierran la posibilidad genética de la vida en todas sus dimensiones. El amor en cambio, tiene características especiales como potenciar, incluir, y dialogar, es la auténtica relación genética que restaura el bienestar físico, psicológico y espiritual de las personas.

Rielo (1983) la familia según la concepción genética está constituida por la relación de un hombre y una mujer que, sirviéndose entre sí en virtud del amor están mutuamente abiertos a las tres dimensiones ya mencionadas. Todo lo que sea cerrarse a la vida o atentar contra ella, atenta contra la realización propia del matrimonio, de la familia y por tanto en perjuicio de la persona humana y de todo aquello que está constituido por ella: la religión, la sociedad, la cultura, economía, el arte, la ciencia.

El matrimonio cristiano es una vocación que se acoge con una adecuada preparación en la fe, con un discernimiento maduro, sin considerarlo sólo como una tradición cultural o una exigencia social o jurídica (Familiaris Consortio, Exhort, ap.) Esta firme decisión, que marca un estilo de vida, es una exigencia interior del pacto de amor conyugal, porque quién no se decide a querer para siempre, es difícil que pueda amar de verdad en un solo día.

Pero esto no tendría sentido espiritual si se tratara sólo de una ley vivida con resignación. Es una pertenencia del corazón, ahí donde sólo Dios ve. Cada mañana, al levantarse, se vuelve a tomar ante Dios esta decisión de fidelidad, pase lo que pase a lo largo de la jornada. Y cada uno, cuando va a dormir, espera levantarse para continuar esta aventura, confiando en la ayuda del Señor. Así, cada cónyuge es para el otro signo e instrumento de la cercanía del Señor, que no nos deja solos. (Amoris Laetitia, Exhort, ap.)

Desde diversas partes se señala que la actitud misericordiosa con aquellos cuya relación matrimonial se ha roto, requiere prestar atención a los diferentes aspectos objetivos y subjetivos que han determinado la ruptura. Muchas voces ponen de relieve que a menudo el drama de la separación llega al final de largos períodos de conflictividad que, en el caso de que haya hijos, han producido todavía mayores sufrimientos.

 A esto sigue además la prueba de la soledad en la que se encuentra el cónyuge que ha sido abandonado o que ha tenido la fuerza de interrumpir una convivencia caracterizada por continuos y graves maltratos sufridos. Se trata de situaciones para las cuales se espera una solicitud particular de parte de la comunidad cristiana, especialmente respecto de las familias monoparentales, en las que a veces surgen problemas económicos a causa de un trabajo precario, de las dificultades para mantener a los hijos o de la falta de una casa.

La condición de quienes no emprenden una nueva unión, permaneciendo fieles al vínculo, merece todo el aprecio y el sostén de parte de la Iglesia, que tiene el deber de mostrarles el rostro de un Dios que nunca abandona y que es siempre capaz de dar nuevamente fuerza y esperanza (Vocación y Misión de la Familia, 2015).

Hay un punto donde el amor de la pareja alcanza su mayor liberación y se convierte en un espacio de sana autonomía: cuando cada uno descubre que el otro no es suyo, sino que tiene un dueño mucho más importante, su único Señor. Nadie más puede pretender tomar posesión de la intimidad más personal y secreta del ser amado y sólo él puede ocupar el centro de su vida.

Al mismo tiempo, el principio de realismo espiritual hace que el cónyuge ya no pretenda que el otro sacie completamente sus necesidades. Es preciso que el camino espiritual de cada uno, le ayude a “desilusionarse” del otro, a dejar de esperar de esa persona lo que sólo es propio del amor de Dios. Esto exige un despojo interior. El espacio exclusivo que cada uno de los cónyuges reserva a su trato solitario con Dios, no sólo permite sanar las heridas de la convivencia, sino que posibilita encontrar en el amor de Dios el sentido de la propia existencia. Necesitamos invocar cada día la acción del Espíritu para que esta libertad interior sea posible. (Amoris Laetitia, Exhort, ap).

**LOS ESPOSOS CRISTIANOS: UNO PARA EL OTRO.**

Se puede describir al matrimonio como la alianza por la que un varón y una mujer, en virtud de su consentimiento, quedan vinculados perpetua y exclusivamente en orden a los fines propios de su complementariedad sexual y, por ello, se hacen copartícipes de un destino común y están llamados a establecer una comunidad fiel y fecunda de vida y amor.

Esta descripción contiene los rasgos fundamentales que caracterizan al matrimonio por su misma naturaleza, el primero es sin duda, la vinculación única que queda establecida entre los esposos: ahí radica la esencia del matrimonio. La expresión bíblica del matrimonio "ya no son dos sino una sola carne" apunta efectivamente a la esencia del matrimonio, y para comprender bien el alcance de Cristo en esta enseñanza hay que advertir que el verbo está en presente, no se trata de un proceso, de llegar a ser, sino de una realidad establecida por el pacto conyugal: ya no son dos, sino una sola carne.

De ella proviene el obrar, el desarrollar la existencia de este matrimonio en un consorcio (compartir la misma suerte) de toda la vida, para realizar una comunidad de vida y amor. Este vínculo se realiza en virtud del consentimiento que da cada uno de los esposos, un vínculo superior a cualquier otro tipo de vínculo interhumano: por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne (Gen. 2, 24).

El amor conyugal no es tan solo un sentimiento, es por el contrario, y esencialmente, compromiso con la otra persona, que se asume mediante un acto de voluntad bien determinado. Precisamente esto califica dicho amor haciéndolo conyugal y jamás pierde ese carácter. Entra aquí en juego la fidelidad del amor, que arraiga en la obligación asumida libremente, es decir el amor pasa de ser un sentimiento mutuo de afecto a convertirse en deber vinculante.

Así pues, se puede caracterizar el matrimonio con toda precisión como una unidad en la naturaleza, el vínculo conyugal une a los esposos en cuerpo y alma (dos dimensiones del ser humano) pasando a ser uno en sus seres, en sus destinos y en sus vidas. La indisolubilidad del matrimonio alcanza una particular firmeza por razón del sacramento, no existe un vínculo matrimonial verdadero que no sea, exclusivo (unidad) y perpetuo (indisolubilidad).

La vida en pareja es una participación en la obra fecunda de Dios, y cada uno es para el otro una permanente provocación del Espíritu. Los esposos cristianos deben esforzarse por mantener siempre vivo el don de Dios recibido en el bautismo y determinado por el sacramento del matrimonio. Para ello es necesario que reaviven y profundicen continuamente su fe, ya que de otro modo cederían fácilmente a la tentación de vivir su vida conyugal y familiar de manera rutinaria, sin reconocerla como camino vocacional que Jesús recorre junto a ellos.

S.S. Juan Pablo ll advierte que, del verdadero significado de la realidad matrimonial, nacen la gracia y la exigencia de una auténtica y profunda espiritualidad conyugal y familiar. Los casados están llamados a santificar su matrimonio y a santificarse en esa unión, cometerían por eso un grave error si edificaran su conducta espiritual a espaldas y al margen de su hogar.

Los esposos cristianos son mutuamente para sí, para sus hijos y para los restantes familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe. Así, los dos son entre sí reflejos del amor divino que consuela con la palabra, la mirada, la ayuda, la caricia, el abrazo. Por eso, querer formar una familia es animarse a ser parte del sueño de Dios, es animarse a soñar con él, es animarse a construir con él, es animarse a jugarse con él esta historia de construir un mundo donde nadie se sienta solo. (Amoris Laetitia, Exhort, ap.)

La tarea de los dos será “santificar el hogar” día a día, hombre y mujer, corazón con corazón. Así podrán crear, con el cariño, un auténtico ambiente de familia: de eso se trata. Para santificar cada jornada, se han de ejercitar las virtudes cristianas: fe, esperanza y caridad como eje transversal de la vida, primero por la convivencia entre los dos y luego por el legado de ejemplo a los hijos, después de estas virtudes cardinales todas las otras: prudencia, lealtad, sinceridad, humildad, trabajo, alegría...y el diálogo[[2]](#footnote-2)

El secreto del amor matrimonial es dejar que Jesús penetre las conciencias y los corazones de los que se unen para siempre, haciéndose partícipes del amor de Dios, Él vino a nosotros haciéndose como nosotros, viviendo en una familia como la nuestra, como la que ustedes y nosotros hemos decidido formar. De Jesús aprendemos como vivir en familia, porque su familia, José y María son nuestra familia y nuestro modelo; éste ha de ser el modelo de familia al que hemos de aspirar; y se puede porque Dios está con nosotros, es Emmanuel...

La Sagrada Familia, la familia de Jesús, de José y María es el modelo de toda familia. De ahí hemos de copiar el modelo de cómo ser padre, madre y como ser hijo.

El nacimiento de Jesús se realiza en las circunstancias más normales de la vida, como la nuestra: una mujer que da a luz, una familia, una casa; la grandeza y el poder de Dios se acerca a la pequeñez del hombre a través de lo humano. Un modelo de santificación del hombre y de la mujer a través de lo ordinario de la vida: No hay situación terrena por pequeña que sea, que no pueda ser ocasión de un encuentro con Cristo.

La caridad entre los esposos debe ser exquisita, debe llenarlo todo, y llevará así a compartir las alegrías y los posibles sinsabores; a saber sonreír, olvidándose de las propias preocupaciones para atender a los demás; a escuchar al otro cónyuge o a los hijos, mostrándoles que de verdad se les quiere y comprende; a pasar por alto menudos roces sin importancia que el egoísmo podría convertir en montañas; a poner un gran amor en los pequeños servicios de que está compuesta la convivencia diaria. Santificar el hogar día cada día, crear, con el cariño, un auténtico ambiente de familia: Todo esto sólo es posible desde Dios...

Paúl y Poli.

Julio/2016

**BIBLIOGRAFIA.**

* *Juan Pablo II, Exhort. ap. Familiaris Consortio (22 noviembre 1981), 13: AAS 74 (1982), 94.*
* *Discurso en la Fiesta de las Familias y vigilia de oración en Filadelfia. (26 septiembre 2015): L’Osservatore Romano,ed. semanal en lengua española, 2 de octubre de 2015, p. 16*
* *La vida Espiritual en la Familia, según Fernando Rielo, Elocución dada por el P. Jesús Fernández Hernández. Presidente de los Misioneros y Misioneras Identes. Congreso, Familia Ecuador.*
* *APARICIO, Casarse: un compromiso para toda la vida, 2.a ed., Eunusa, Pamplona 2002.*
* *J.I. Bañares, La dimensión conyugal de la persona: de la Antropología al Derecho, Rialph, Madrid 2005.*
* *Armando Bandera, La Vocación Cristiana en la Iglesia, RIALP, Madrid 1988, pp. 33ss.*
* *Lumen Gentium, cap.1 El Ministerio de la Iglesia, 40b.*
* *JUAN PABLO II, Homilía a las familias, 12-X-1980: "Insegnamenti" III, 2 (1980) 842 ss.*
* *CONCILIO VATICANO II, Const. past. Gaudium et spes n. 51; cfr. JUAN PABLO II, Carta Apost. Mulieris dignitatem, nn. 14 y 17.*
* *Catesismo de la Iglesia Catòlica,1601 – 1666, 2331 – 2400.*
* *F. Rielo Pardal, En el Corazón del Padre, Madrid 2014.*
* *F. Rielo Pardal, Concepción genética del Principio de relación, Madrid 1989.*
* *F. Rielo Pardal, Experiencia Mística y Lenguaje, Madrid 1991.*
1. Frutos o dones , completan y llevan a su perfección las virtudes. [↑](#footnote-ref-1)
2. Diálogo conyugal: Dialogar significa regalarse uno al otro desde lo más íntimo que uno tiene. [↑](#footnote-ref-2)